

DOSSIER

HISTORIA, POLÍTICA
Y OPINIÓN PÚBLICA

*Del «público» al «pueblo»
por la propaganda:
información, opinión y rumor
en el «nuevo Estado» franquista*

Francisco Sevillano

Universidad de Alicante

Resumen: En este artículo se responde a cómo la opinión pública se manifiesta esencialmente como fenómeno de control social en diferentes contextos históricos y políticos, también dictatoriales, como fue el caso del «nuevo Estado» franquista en España. En el proceso de comunicación social, que conforma el control de la información y la propaganda, la constricción de la esfera de publicidad de la opinión genera una dinámica de «espiral de silencio» que afecta a las relaciones interpersonales, como ocurre con la circulación de rumores entre la población. Este mecanismo de espiral por el miedo al aislamiento en el momento de manifestar las opiniones individuales determina la expresión de la opinión pública.

Palabras clave: España, siglo XX, franquismo, opinión pública, propaganda, espiral del silencio, rumor.

Abstract: In this article I explain how public opinion manifests itself principally as a phenomenon of social control in different historical and political contexts, including dictatorships, as in the case of the «New Francoist State» in Spain. In the process of social communication, which shapes the control of information and propaganda, the constriction of the sphere of publicity for opinion leads to a situation of a «spiral of silence» which affects interpersonal relationships, as happens when rumours spread through the population. This spiral mechanism due to fear of being isolated at the time of expressing individual opinions determines the expression of public opinion.

Key words: Spain, xxth Century, francoism, public opinion, propaganda, spiral of silence, rumor.

La opinión como proceso de comunicación social, siempre más amplia y presente que su expresión pública como discusión política, se constituye esencialmente como un fenómeno de control social, imbricado con la información. Esta proposición articula el presente trabajo al destacarse que el flujo de la comunicación creó un estado de tensión entre la coerción individual y la movilización colectiva en los regímenes dictatoriales durante el periodo de entre-guerras en Europa.

En aquel contexto, la política de información tras el estallido de la guerra civil en España durante el verano de 1936 fue articulándose a partir de la subordinación de la prensa y de los medios de comunicación, por estratégicos, al mando de las autoridades rebeldes como garantes del «orden» y del «bien común»; una situación que supuso, con la proclamación del estado de guerra en el bando insurgente, el control de la información mediante la censura militar¹. Aun la rápida fascistización del «nuevo Estado» franquista, y la dirección de la política informativa por Falange Española Tradicionalista y de las JONS —que explican las pretensiones que inspiraron la Ley de Prensa de 1938, y la política comunicativa de aquellos años—, la depuración del oficio periodístico, la responsabilidad de la empresa y el director, y la censura primaron básicamente la capacidad coercitiva de la información, constriñendo el espacio público y generándose un proceso en espiral por el miedo al aislamiento en el momento de exponer determinadas opiniones que no contasen con el suficiente apoyo². La presión ahogó toda proposi-

¹ Véanse, acerca de la propaganda y la influencia mediática bajo la dictadura, SEVILLANO CALERO, F.: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998, y, en particular sobre la prensa, CHULIÁ, E.: *El poder de la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001. Sobre la propaganda exterior de ambos bandos durante la guerra civil se debe señalar GARCÍA, H.: *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008. Hay que citar específicamente el estudio de FANDIÑO PÉREZ, R.: *El baluarte de la buena conciencia. Prensa, propaganda y sociedad en La Rioja del franquismo*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos-Universidad de La Rioja, 2009.

² Véanse, como modelos teóricos que han inspirado este trabajo, NOELLE-NEUMANN, E.: «The Spiral of Silence. A Theory of Public Opinion», *Journal of Communication*, 24 (1974), pp. 43-44, e íd.: *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Barcelona, Paidós, 1995 (ed. original en inglés de 1985), pp. 22-23. En relación con la función de los medios de comunicación, esta teoría sobre la más

ción pública desviada, como procuró coartar, asimismo, la circulación de rumores, que la ausencia de canales libres de expresión había alentado. De manera que, con la mecánica de la opinión como fenómeno de control social, se buscó garantizar el suficiente consenso sobre los valores, las ideas y los objetivos comunes, que la propaganda exaltó en un propósito totalitario para crear una «cultura popular» y una «conciencia nacional».

Del «público» al «pueblo» por la propaganda

La revisión del «viejo» concepto de prensa, de la premisa indiscutible de su existencia como cuarto poder —cuando había de ser órgano decisivo en la formación de la cultura popular y sobre todo de la conciencia colectiva, que no desviara la opinión—, conllevó también la crítica de la concepción del «público». Según declamó el escritor falangista Samuel Ros en la columna «El público no existe», publicada en el diario *Arriba* el 8 de julio de 1939, el público —común de una sociedad del liberalismo superada por el «nuevo orden»— restaba sólo entre los «tópicos, espantapájaros y esperpentos» que ensuciaban la nueva luz y ahuyentaban las caricias del «nuevo estilo»³. En nombre del público —afirmó en la misma columna periodística— se acostumbraba a disculpar todas las vergüenzas sociales, cuando los hombres se medían por su capacidad adquisitiva: «hombre de dos duros, de cinco, o de seis, o de veinte», y añadía:

«El público es el fante sin rostro, ni estirpe, ni tumba conocida, en que viene a dar el cuerpo social establecido en democracia. Existe el público cuando no existe el individuo, porque dentro de la paradoja está el hueso de la verdad: el liberalismo es la negación de lo individual en el conjunto colectivo, a cambio de estrellarle al hombre el alma en el recinto de lo privado».

Pero «el público», masa anónima y confusa, había desaparecido en España, aunque a veces se le nombrara. Ahora, con el nuevo

amplia función de control social de la opinión pública debe colegirse con la aportación de McCOMBS, M. E., y SHAW, D. L.: «The Agenda-Setting Function of the Mass Media», *Public Opinion Quarterly*, 36 (1972), pp. 176-187.

³ Ros, S.: «El público no existe», *Arriba*, 8 de julio de 1939.

orden social nacional-sindicalista, los individuos eran reintegrados, cual «pueblo», en el Estado, organizado corporativamente, de modo jerárquico, según su ocupación profesional al servicio de España:

«Lo que ayer fue público hoy es pueblo, y el pueblo no es masa anónima en donde cualquiera puede confundirse con dos duros en el bolsillo y un traje de moda comprado en un almacén. El pueblo no es masa confusa, sino sociedad en orden, desde las supremas magistraturas a los que desempeñan las más humildes tareas necesarias para la buena marcha social.

El que ayer era público es hoy soldado, o falangista. Es un hombre con una profesión al servicio de España, obligado a mantenerlo con el decoro debido en todos los momentos de su vida.

Hay quien cree que todos los remedios son de competencia del Estado; pero de nada sirven las funciones rectoras del Estado si el pueblo no le presta en todo momento constante ayuda en su misión. Y la primera ayuda debe prestarla cada uno al no permitir que su presencia sea en ningún lugar de público sino aquella que le corresponda por su rango, jerarquía o profesión. No es posible que en el futuro los humildes sean confundidos, en sus juicios o preferencias, por aquellos que, con obligación de mayores exigencias, animan, testifican con su presencia o su asistencia espectáculos, publicaciones o costumbres reprobables».

La opinión pública sumía a la masa en el desconcierto, como declaraba un editorial del periódico falangista *Arriba*⁴. Pues la libertad entendida al estilo democrático había dañado a una masa de lectores envenenada diariamente por una prensa sectaria y antinacional, era comprensible, como se justificaba en el preámbulo de la Ley de Prensa, de 22 de abril de 1938, la conveniencia de normas que basasen el periodismo en la verdad y la responsabilidad, en servicio permanente del interés nacional contra el avance de la opinión pública:

«La opinión pública avanza. Avanza por días, de la manera más disparatada y más cruel al mismo tiempo. La gente charla, clama, opina sin descanso contra toda posible limitación superior. Y no se da cuenta de que ella misma, en su irresponsable actitud, se coloca más grillos y cadenas, porque la angustia inconsciente que oprime su ser la dispara hacia “un no saber lo que quiere”, porque está fuera de toda veneración. Esta es la esen-

⁴ *Arriba*, 27 de febrero de 1940.

cia del desconcierto [...] Este sentimiento de veneración es lo que la “opinión pública” desconoce por completo. Y lo desconoce porque no se ha planteado firmemente lo que la rodea [...] Llegar a ver “lo que es” puede ser la sumisión inmediata de las aglomeraciones ante la vida real. Y por este hecho, quedar convertidas en colectividades eficaces».

El mismo editorial de *Arriba* concluía que la misión de los «hombres superiores» empezaba por construir la osamenta que concretase a la «masa desarticulada».

La tecnología eléctrica, como última extensión del hombre simuladora de la conciencia, sirvió en particular a tal propósito, según ocurrió con los grandes medios de comunicación de la radio y el cine como ambientes propagandísticos procesadores de la información⁵. Los medios condicionan las percepciones al funcionar de ambientes, modificando la manera de pensar y de actuar, de percibir el mundo⁶. Al respecto, un amplio comentario publicado en el semanario *Radio Nacional*, a finales de 1939, destacaba que la propaganda, y en concreto la radiofónica, principalmente influía creando una psicología colectiva:

«Se ha dicho que la propaganda es tan indispensable al Estado de nuestro tiempo como puedan serlo los fusiles o los ejércitos permanentes. Y es que la propaganda no ejerce, exclusivamente, la función de enderezar conciencias y convencer a los no creyentes de una determinada ideología política. Ha de creerse, más bien, que la misión clave de toda propaganda consiste en mantener viva en la conciencia de las gentes la perduración de unos determinados ideales [...] Quiere decirse con esto que si la propaganda, sirviéndose de sus medios plásticos, escritos o auditivos, no llega a cosechar resonantes éxitos en el sentido de la convicción, logra, sin embargo, este fruto permanente —y de valor inapreciable— de mantener en vigencia constante el fuego de los ideales [...] En este sentido, toda propaganda —y la radio más— puede considerarse como fomentadora y formadora de una determinada psicología colectiva».

La propaganda, conformadora de la psicología de los pueblos, servía al propósito de generar la opinión:

⁵ McLuhan, M.: *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Barcelona, Paidós, 2009 (ed. original en inglés de 1964), p. 27.

⁶ McLuhan, M.: *El medio es el mensaje. Un inventario de efectos*, Barcelona, Paidós, 1988 (ed. original en inglés de 1967), p. 41.

«Está harto demostrado que la opinión no se engendra de abajo para arriba, sino justamente de arriba para abajo. Cuando los hombres creen pensar por propia cuenta, realmente están pensando a través de los medios de información de que disponen y de las noticias que reciben del mundo. Y como esta apreciación de la realidad circundante no puede proporcionársela el hombre por sus propios medios, por fuerza ha de esperar a que se la administren. El moderno Estado se ha impuesto fácilmente de esta realidad y por eso presta una atención tan honda a los instrumentos de la propaganda, como formadores de la psicología de los pueblos [...] La formación de un pensamiento colectivo —enlazando a la opinión bajo el denominador común de unas mismas ideas— es hecho de una extraordinaria importancia para facilitar toda política. Y, en este sentido, como arma la más poderosa en la formación de estados de conciencia colectiva, debe mirarse a la radio, en su calidad de instrumento de inapreciable valor al servicio de una política»⁷.

Así también el cine, como publicó el periodista y crítico Bartolomé Mostaza en el órgano oficial del Departamento Nacional de Cinematografía, la revista *Primer Plano*, con el título «El cine como propaganda»:

«Podiéramos afirmar, sin caer en exageración, que la cinematografía determina, en el siglo XX, la culminación de los métodos de propaganda. Un pueblo menos infantil que el yanqui habría conseguido, a través de su gigantesco mercado de películas, dominar las ideas, las simpatías y hasta las costumbres del orbe. Pero el cine americano, magnífico como realización visual y auditiva, carece de honda intención proselitista. Muchas de sus producciones nos engendran hastío de cosa demasiado vista o sabida, en vez de empicarnos el ánimo en curiosidad y tentación.

Aparte consideraciones sobre influjo estético en los pueblos, es indudable que el cinematógrafo representa hoy el arma más eficaz de luchar un movimiento político cualquiera en pro de sus ideales. La virtud casi milagrosa de *plasmarse* a los ojos y oídos la fuerza de los hechos distantes da a la pantalla categoría mesiánica. Sustraerse a su influjo es cosa sobrehumana. La Humanidad espectadora se siente, ante las películas, arrastrada por el ímpetu vital de las escenas. El cine es, acaso, el único de las artes que las gentes *viven* casi con entera realidad. Por eso, sería estúpido prescindir de su empleo para catequizar las masas, para conmoverlas, para arrastrarlas a una empresa, para enseñarles cuanto el político estima fundamental o

⁷ «La radio, como formadora de una psicología colectiva», *Radio Nacional. Revista semanal de radiodifusión*, año II, 58 (17 de diciembre de 1939) (Madrid).

conveniente. La palabra sola puede fatigar o no ser entendida o creída; la mera fotografía puede adolecer de inexpresión. Pero ambas cosas asociadas en la imagen son el imán más poderoso para atraer voluntades en derredor de una idea»⁸.

La propaganda comienza por los propios medios como procesadores de la información; su capacidad de funcionar como ambientes, la concepción integral de su acción envolvente de las conciencias, hicieron en un contexto muy específico que se revisara la Ley de Prensa emplazando «de manera adecuada» los Servicios de Prensa y Propaganda en atención a la «sustantividad de su significación doctrinal y política». Por Ley de 20 de mayo de 1941, tales Servicios adscritos al Ministerio de la Gobernación fueron insertados en los órganos elaboradores de la doctrina política del Estado mediante la creación de una Vicesecretaría de Educación Popular dentro de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS⁹. La misión de la acción propagandística consistía en explicar las razones y el destino de los españoles, según escribiera Patricio González de Canales como secretario nacional de Propaganda¹⁰. La unidad era la clave de la fuerza; lo que aseguraba la permanencia de lo español, su más preciada distinción propia, era la verdad de la fidelidad a Dios, a su doctrina, a sus discípulos. La unidad política y la unidad religiosa era el secreto secular:

«Nuestra común servidumbre a la gran España. La gran España que, entre varias Españas geográficas, entre varias Españas coloniales, se ahogaba derrotada desde que nos pluralizamos al encerrarnos en la metrópoli.

⁸ MOSTAZA, B.: «El cine como propaganda», *Primer Plano. Revista española de cinematografía*, año I, 10 (22 de diciembre de 1940) (Madrid).

⁹ Aun no estimándose conveniente todavía su formal constitución en un Ministerio independiente, la creación de la Vicesecretaría de Educación Popular siguió la organización centralizada de la política propagandística del régimen nacionalsocialista alemán, en la persona de Joseph Goebbels como ministro de Educación Popular y Propaganda (*Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda*), y del fascismo italiano a través del *Ministero di Cultura Popolare* (Minculpop). Véanse CANNISTRARO, Ph. V.: *La fabbrica del consenso. Fascismo e mass-media*, Roma-Bari, Laterza, 1975, y, para el caso español, BERMEJO SÁNCHEZ, B.: «La Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945): un «ministerio» de la propaganda en manos de Falange», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, 4 (1991), pp. 73-96.

¹⁰ GONZÁLEZ DE CANALES, P.: «Propaganda a la española», *Sí. Suplemento semanal de Arriba*, año II, 61 (28 de febrero de 1943).

Aquella gran España quedaba en el recuerdo, y sólo a trancos inquietaba alguna posibilidad. Hoy ha empezado a andar de nuevo esta nuestra gran España, entre los amenazantes peligros de la Economía».

Forjar el alma de la patria, hacer la patria era propaganda. De tal forma que, en otro artículo periodístico, se insistió en que la misión del periodista era social; cometido que el «nuevo Estado» esclarecía encuadrándole dentro de sus funciones, subrayando su responsabilidad, enaltecendo su conciencia, determinando su vinculación a «las más delicadas tareas de Gobierno»¹¹. Se llegaba al periodismo doctrinal, pasándose de la información a la formación:

«Junto a la referencia escueta de la vida de la humanidad durante la víspera, se le sirve al lector un sistema completo de ideas con que enjuiciarla y de normas de pensamiento a que ajustar la totalidad de su propia vida mental, condición básica de su conducta exterior y social; por cuya conducta velará el periodista, sometida, como se halla, a su hondo influjo.

Debemos concebir el periodismo como una escuela formativa de la Nación entera, y el periodista como su maestro. Casi como maestros de escuela rural, por la asistencia humilde y cotidiana, por los oyentes sencillos, maleables y ávidos de contenido, no como dómnes desde la cátedra. Educador del pueblo de España, le enseñará sus esencias, los fundamentos de su Estado, los hitos de su Historia, las raíces de su tradición, el genio de su ser... Y mostrará al hombre, al hombre de España, en todas sus tierras y en todos sus tiempos. Profesores de patriotismo y nationalsindicalismo»¹².

Puesto que la educación popular era parte primerísima de la política del Estado, el periodista velaría para que de ella se obtuviese la armonía moral y la solidaridad de todos los españoles en la veneración y exaltación de las virtudes del pueblo español¹³.

¹¹ GARCÍA-LUENGO, E.: «Misión social del periodista», *Gaceta de la Prensa española*, año II, 13 (1 de junio de 1943).

¹² *Ibid.*, p. 2.

¹³ *Ibid.*, p. 3.

Un inciso: ¿de qué habla el pueblo?

La capacidad de reforzar las actitudes y las opiniones deseadas, generando más eficazmente una dinámica de espiral del silencio, estuvo unida al mejor conocimiento del ambiente social. Así, el mecanismo de la espiral de silencio también afectó a los órganos de propaganda del «nuevo Estado» ante la circulación de rumores entre la población, sirviendo los organismos de información sobre la opinión para orientar los mensajes de los medios de comunicación a propósito del ambiente cotidiano: al centrar la atención en ciertas cuestiones, y atenuar e ignorar otras, la propaganda del régimen pretendió no enajenarse el apoyo popular.

El interés de la administración del «nuevo Estado» y de los órganos del partido único, FET y de las JONS, por obtener información del ambiente cotidiano, el estado de opinión «latente», llevó a realizar las primeras encuestas a principios de la década de los cuarenta, así como a indagar los rumores que circulaban entre la población. El Servicio Español de Auscultación de la Opinión Pública empezó a funcionar, desde el otoño de 1942, en la Vicesecretaría de Educación Popular, quedando integrado dentro de la Delegación Nacional de Prensa¹⁴. Bajo la dirección de Cayetano Aparicio López, este primer Instituto Español de la Opinión Pública llevó a cabo sucesivas encuestas dentro de una concepción totalitaria de la información y unos claros fines operativos para el poder:

«Si la labor de la Prensa en los Estados modernos consiste no sólo en informar con rectitud y seriedad a la opinión, sino también en dirigirla y orientarla, sirviendo de medio educativo de valor inestimable, salta a la vista la necesidad ineludible en que se halla el organismo rector de poseer

¹⁴ Véase SEVILLANO CALERO, F.: «Notas para el estudio de la opinión en España durante el franquismo», *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 90 (2000), pp. 229-244, e íd.: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. Como estudios que han profundizado en el conocimiento de la opinión popular en el periodo de consolidación y expansión de los fascismos, véanse los estudios pioneros y los presupuestos de trabajo de KERSAW, I.: *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich. Bavaria 1933-1945*, Oxford, Claredon Press, 1983; COLARIZI, S.: *L'opinione degli italiani sotto il régimen. 1929-1943*, Roma-Bari, Laterza, 1991, y LABORIE, P.: *L'opinión publique sous Vichy*, París, Seuil, 1991.

en todo momento una clara visión de conjunto sobre el estado de esa opinión. Necesita conocer sus reacciones ante un hecho determinado, sus preferencias, sus gustos, la especial psicología, en fin, del elemento sobre el que va a operar. No se puede trazar un plan de educación social colectiva sin tener en cada momento la noción exacta de la reacción y el efecto que en aquellos a quienes va dirigido produce»¹⁵.

Cuando las competencias y los diferentes servicios de la Vicesecretaría de Educación Popular fueron transferidos, en julio de 1945, desde la Secretaría General del Movimiento al Ministerio de Educación Nacional, el Servicio de Auscultación continuó ahora su actividad dentro de la denominada Subsecretaría de Educación Popular, integrada orgánicamente en la Dirección General de Prensa. Ya desde enero de 1945, las delegaciones provinciales hubieron de emitir unos «informes decenales del estado de la opinión pública», abordando los comentarios y los rumores sobre problemas locales, provinciales y regionales; la circulación en la correspondiente demarcación de folletos, revistas y propaganda extranjera; y las noticias de radios extranjeras que hubieran dado lugar a comentarios.

Otros órganos del partido único también venían recabando información relativa a la circulación de rumores, como se llevó a cabo a través de la Delegación Nacional de Provincias de la Secretaría General del Movimiento¹⁶. La información era contenida en los «partes mensuales» que enviaban las jefaturas provinciales del FET y de las JONS dando cuenta de su funcionamiento y del ambiente político en las respectivas provincias. La periodicidad y los capítulos a los que debían referirse las correspondientes partes quedaron establecidos por las circulares de la Secretaría General del Movimiento del 13 y el 14 de junio de 1940¹⁷. En relación con los co-

¹⁵ «El Instituto Español de la Opinión Pública y la Prensa», en *Anuario de la Prensa Española*, I, Madrid, Delegación Nacional de Prensa, 1945-1946, p. 873.

¹⁶ Véase, para el caso alemán, UNGER, A. L.: «The Public Opinion Reports of the Nazi Party», *Public Opinion Quarterly*, 29 (1965-1966), pp. 565-582. Para los años de la guerra mundial, hay que citar a SMITH, A. L., Jr.: «Life in Wartime Germany: Colonel Ohlendorf's Opinion Service», *Public Opinion Quarterly*, 36 (1972), pp. 1-7; y, sobre la atención a los estudios de opinión y la realización de las primeras encuestas en Italia durante la ocupación aliada de Sicilia en 1943 y 1944, a RINAURO, S.: «Il sondaggio d'opinione arriva in Italia (1936-1946)», *Passato e presente*, 52 (2001), pp. 41-66.

¹⁷ Archivo General de la Administración, Sección de Presidencia, Secretaría General del Movimiento, Delegación Nacional de Provincias, c. 48.

mentarios entre la población, el capítulo 19 abordaba el «Ambiente en el partido y general político», y el capítulo 20 trataba sobre el «Ambiente en el partido y general político sobre la guerra actual» (en referencia a la Segunda Guerra Mundial). La información contenida fue haciéndose más rutinaria en sus términos desde 1942, acabando por convertirse los partes en meras comunicaciones de actividades del partido único.

Contra el rumor

Los persistentes rumores hicieron que los medios de comunicación estigmatizaran al murmurador, estereotipando el mismo concepto de rumor, y por ende la noción de público y opinión, sobre todo en relación con la imagen del enemigo¹⁸. El estallido de la guerra en Europa exacerbó precisamente la advertencia contra la amenaza del «enemigo interno», que permanecía encubierto, susurrando entre la población. La máxima había de ser la unidad en torno al Caudillo y dentro del Movimiento, como se destacaba en el artículo que publicó, firmado por el padre Félix García, el diario *Arriba* unos días después, el 7 de septiembre:

«En España, donde hubo unidad de esfuerzo y de sacrificio, bajo el caudillaje de un hombre que es legión, para asegurar la unidad de patria, de conciencia y de destino, debe hacerla fructificar en granazón prodigiosa de obras y de días colmados. Franco nos abrió los caminos de la paz, y por esos caminos de la paz, y por esos caminos iluminados deben avanzar los españoles regenerados hacia las cumbres, donde el trabajo y la justicia y el orden se funden en el brazo evangélico de la paz.

En esta hora conturbada del mundo la conducta de cada español debe ser como una oración y un concurso por la paz. Es la hora de eliminar los pleitos caseros, las divergencias pasionales, las destemplanzas belicosas y los resentimientos turbios, para someterse a la disciplina del yugo simbólico y apretarse en el haz de flechas de la unidad y de la concordia»¹⁹.

¹⁸ Véanse, más ampliamente, SEVILLANO, F.: *Rojos. La imagen del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007; íd.: «La representación del enemigo en la propaganda escrita de la “España nacional”», *Cultura Escrita & Sociedad*, 6 (2008), pp. 79-101, y DOMÍNGUEZ ARRIBAS, J.: *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2009.

¹⁹ *Arriba*, 7 de septiembre de 1939.

Este mismo colaborador del periódico falangista volvió a insistir, en su artículo «¡Alerta con la mediocridad!», aparecido el 22 de septiembre, en que todo cuanto en España había alcanzado cimas de superación y supervivencia se había conseguido en nombre de la unidad de espíritu y de acción²⁰. En cambio, toda escisión o herejía había brotado de la discordia y de la agresividad. Por consiguiente, urgía aislar todo germen de discordia, realizando «una gran cruzada de concordia entre todos aquellos que han luchado por una misma fe, que van vinculados a una misma tradición y que han sido impulsados al sacrificio por un mismo amor», pues con frecuencia se empleaba más ímpetu y se encrespaba más la discordia cuando se trataba de combatir o anular a aquel de quien separaban minúsculas diferencias o livianos prejuicios que cuando había que preservar la fe y las ideas ante el adversario que «insidiosamente trata de dividir, de sembrar sospechas y animadversiones en torno a aquellos que mejor saben y pueden trabajar en la viña del Señor, para que la viña quede, sin el laboreo de los mejores, a merced del gran sembrador de cizañas y reticencias». Éste no era otro más que el mediocre, que andaba murmurando:

«Y es frecuente observar también que son los mediocres, los fracasados, los turbios de espíritu, los que andan en la tiniebla de la murmuración y del recelo, los que más denodadamente se ponen al servicio de la discordia y de la confusión.

El hombre mediocre tiene odio al talento y aborrece la claridad, opera en la sombra y es maestro en el arte de la insidia y del laberinto. Hace de las conductas más radiantes y de los propósitos más generosos de los demás una maraña, para buscarles ha seguido una apariencia delictiva. El mediocre tiene el talento negativo, que emplea con insistente industria para la demolición y la intriga. Rehúye colaboraciones y servicios, no concibe nada en grande, no abriga anhelos de perfección. No quiere más que un campo abonado para el imperio sin trabas de la mediocridad. De ahí que no repare en medios cuando precisa anular a los mejor dotados y que se alíe, sin repugnancia, para la consecución de sus malas artes, con los servidores del odio y con los amasadores de tinieblas, es decir, con los artifices de la discordia.

En el momento en que se trate de emprender una obra de envergadura o una empresa de restauración y de reforma ante lo caduco y lo mezquino,

²⁰ GARCÍA, Félix, P.: «¡Alerta con la mediocridad!», *Arriba*, 22 de septiembre de 1939.

se tendrá en pavorosa actividad la gran masa de mediocres, que prosperan prodigiosamente a la sombra de la rutina y la confusión. El gran peligro para toda tentativa de altura no es el adversario que está enfrente, sino el mediocre que tenemos al lado, que simula coincidencias y afinidades, y va amasando en las sombras resentimientos y discordias, por reacción, ante los éxitos y propósitos de renovación de los que trabajan con el alma abierta en la gran heredad del espíritu».

La murmuración fue denunciada reiteradamente, como se hizo en la columna «Alerta contra la insidia», publicada en la primera plana del periódico *Arriba* de 29 de septiembre²¹. Las gentes enredadoras —se advertía— intentaban el desprestigio de los mejores, utilizando dos tópicos: reacción y masonería. El editorial de prensa comentaba al respecto: «Hombres de vida intachable, con un profundo sentido de España, resultan ahora tenebrosos masones o contaminados de no se sabe qué fuerzas ocultas que ponen en peligro la seguridad del Estado». En la columna se llamaba «fariseos» a tales calumniadores, calificándoles como «hombres de medro, que en las horas heroicas no supieron crecer en virtud»; no cabía más que el desdén hacia ellos, además de las oportunas sanciones.

El estallido de la guerra en Europa, sus avatares, fue resucitando la politización de sectores de la sociedad española, reviviéndose nuevamente un periodo de expectación acerca de la suerte del «nuevo Estado». En tal ambiente, la preocupación por los rumores era ya una intensa y firme campaña propagandística. Las reiteradas advertencias de alerta contra quienes los difundían pretendían ahogar, de este modo, su circulación entre la población, sumiendo también la murmuración en el silencio. Así hizo el padre Félix García, una vez más, en las páginas del matutino falangista *Arriba* con el artículo «Alerta con la hipocresía», publicado el 2 de diciembre de ese año 1939²². En épocas conmovidas por un afán de restauración y reforma, siempre surgen —escribía este columnista— los hipócritas y los fariseos, que caracterizaba como «los enemigos de la luz, que navegan siempre a merced del río revuelto y gustan de la complicación, de la sombra y del clandestinaje». Enemigo encubierto contra el que había que montar vigilancia y no dejarse sor-

²¹ «Alerta contra la insidia», *Arriba*, 29 de septiembre de 1939.

²² GARCÍA, Félix, P.: «Alerta con la hipocresía», *Arriba*, 2 de diciembre de 1939.

prender en la buena fe, pues: «Uno de los enemigos más arteros y enmarañados con que habréis de tropezar serán el hipócrita y el fariseo, que suelen ser una misma cosa». No adoptarían nunca, para conseguir sus turbios propósitos, apariencias guerreras ni actitudes de oposición o controversia, pues el peligro mayor del hipócrita y el fariseo era que, de momento, se enmascararan, siendo la simulación su arte máximo. De esta manera, eran el mejor vehículo de derrotismos, disconformidades, recelos e incomprensiones:

«Localizad al hipócrita y al fariseo, que se infiltra en todos los puestos, y daréis con el virus morboso del pesimismo, de la murmuración y del descontento. Temed su adulación y el arrullo de su lisonja. Y temedle más si se reviste con piel de cordero y adopta la actitud blanda del varón pío, porque es cuando lleva más veneno en la lengua y en la entraña.

Cuando hipócritas y fariseos se sindicaron ponían en peligro y esterilizaban los esfuerzos más generosos de los que luchan por el triunfo de la justicia y de la paz».

Esta denuncia —contra el enemigo y el rumor— fue elevada de tono en las palabras del «Caudillo» con motivo del Año Nuevo. El domingo 31 de diciembre de 1939, el general Franco pronunció un discurso ante el micrófono de Radio Nacional de España²³. Sus términos fueron expresión de una paradoja: la significación vindicativa de la «Victoria» en la época de paz que había comenzado en España; época en que, aún la penosa situación de una enorme población reclusa y sus familias, el enemigo vencido había de ser castigado:

«La derrota de los marxistas había forzosamente de dejar en el cuerpo nacional fermentos de disolución y rebeldía entre esa masa de enemigos vencidos, de cuya moralidad y patriotismo es exponente aquel acaudalado cabecilla marxista que públicamente patrocinó el abandono a los nacionales de una Patria despojada y en ruinas.

Un imperativo de justicia impone, por otra parte, no dejar sin sanción, los horrendos asesinatos, cuyo número rebasa al de 100.000; como sin corrección a quienes sin ser ejecutores materiales armaron los brazos e instigaron el crimen, creándonos así el deber de enfrentarnos con el problema de una elevada población penal, ligada con vínculos familiares a un gran sector de nuestra nación».

²³ FRANCO BAHAMONDE, F.: *Mensaje a todos los españoles pronunciado por el Caudillo en Madrid: 31 de diciembre de 1939*, Madrid, Nueva Imprenta Radio, 1940.

Con el desenlace victorioso de una guerra inevitable, culminó el camino de redención, como Franco comentó: «La guerra, con sus inseparables consecuencias, fue el único camino de redención que a España se ofrecía si no quería sumirse por siglos en el abismo de la barbarie y anarquía en que hoy, desgraciadamente, se debaten otros pueblos mártires de nordeste europeo», decía en referencia a Finlandia frente al ataque de los ejércitos soviéticos. La apelación a la «Victoria» sancionaba la «cultura de guerra» en momentos de paz en España: ahora, como entonces cuando la lucha, los vencidos habían de redimirse para poder ser acogidos en la comunidad nacional, sintiéndose partícipes de la sacralidad de la patria; ahora, como entonces, la obligada unidad del cuerpo nacional llevaba a señalar como enemigo a todo aquel que difamase al Estado, aliándose con la anti-España:

«Yo vengo previniendo a los buenos españoles desde el día mismo de la Victoria se preparen para estas batallas de la paz. Mediten todos cuáles son sus deberes hacia un Estado que tantos dolores ha costado crear y cierran sus filas contra el enemigo. Es necesario salir al paso de la insidia y la calumnia; cerrar la boca de los difamadores.

El árbol se conoce por sus frutos, y donde hay un murmurador, un sembrador de alarma o de insidia, hay siempre un traidor.

¡En guardia todos los españoles! ¡Alerta la Falange! ¡Qué puesto de honor le corresponde en esta lucha!

No por pequeños hemos de despreciar a nuestros enemigos; a nadie se oculta que vivimos los momentos políticos más interesantes de nuestra historia, y en ellos han de unirse para el ataque los enemigos internos de nuestra nación con la eterna anti-España, entre los que destacan esos pequeños grupos de cretinos que pasean su miseria física y moral alternando las tertulias frívolas con los lugares de crápula para verter en ellos las consignas que desde el extranjero les remiten, y que no vacilan en buscar ambiente hasta en aquellos sectores de población afectados por el área penitenciaria, intentando echar sobre el régimen que parecen patrocinar el baldón de hermanarlo con una monstruosa impunidad para los crímenes de nuestros hermanos ¿Cabe más miseria física y moral?

Otras veces, es la falta eventual de pan en algún pueblo o la escasez de artículos el motivo explotado para sus torpes maquinaciones. No basta salirles al paso con la corrección: es necesario, paralelamente, divulgar cómo los sacrificios de nuestra nación son ínfimos en relación con los que alcanzaron a otros pueblos que sufrieron la guerra».

Ahora, el enemigo secular amenazaba la revolución nacionalsindicalista:

«Mas esta Revolución, que tantos quieren y que ha de ser la base de nuestro progreso, tiene poderosos enemigos: los mismos que al través de los años fueron labrando nuestra decadencia; es la triste herencia del siglo liberal, cuyos restos intentan en la oscuridad revivir y propagarse, fomentados por los eternos agentes de la anti-España».

Había que apuntar a los enemigos de España, presentes, que atentaban contra la unidad nacional. Si la hipocresía velaba al enemigo, su tibieza le desvelaba; tibieza que se caracterizaba esencialmente por la incapacidad de reacción, la anemia de la voluntad, la abulia moral, según señalara el padre Félix García en otro artículo en el diario *Arriba*, que con el título «Alerta con los tibios» se publicó el 13 de febrero de 1940²⁴. Había una tibieza ciudadana, una modorra civil, que creaba un ambiente de apatía, de descontento, cada vez mayor:

«Los tibios e indiferentes en todo lo que respecta a la vida pública, tan numerosos y renitentes, son los que crean esa atmósfera de descontento, de laxitud, de tiniebla húmeda, que va ganando como una marea turbia a esa masa informe y gelatinosa de los necios y de los fracasados, que, a veces, llegan a constituir una plaga pública».

Éstos —tibios, vagos, descontentos, fracasados— constituían una plaga que había que atacar no sólo con autoridad, sino también llevando el sentido común a la masa de la población, pues servía de vehículo a semejante turba de maleantes «que vive de la esperanza en el fracaso y del usufructo del chisme y de la murmuración».

Los rasgos del enemigo «interno» eran la simulación, la tibieza y la murmuración, contra la que también había que permanecer alerta, como advertía el padre Félix García nuevamente en las páginas de *Arriba* unas fechas después, el 29 de febrero²⁵. La murmuración —escribía— era el arma de quienes padecen un complejo de inferioridad, la supuración del resentimiento:

²⁴ GARCÍA, Félix, P.: «Alerta con los tibios», *Arriba*, 13 de febrero de 1940.

²⁵ *Arriba*, 29 de febrero de 1940.

«La murmuración, por lo general, es un desahogo de la impotencia; es un desquite del despecho; es el utensilio de la malignidad; la manotada de sombra que las almas negadas ponen sobre todo lo que se yergue y cumbrea con señeras decisiones ante la vida.

La murmuración es reptadora; vive del *se dice*, del *parece ser*, del *me consta*, del *lo sé de buena tinta*, de esa serie de frases necias en que se apoyan fábulas, susurros y falsedades, que sirven de tema de escándalo o de regodeo malsano a la maliciosa credulidad de quienes tienen de barbecho el sentido común.

La murmuración tiende su malla apretada de reticencias, de noticias a medias, de insidias y rumores; compone falsedades e introduce desfiguraciones; distribuye referencias amañadas y coloca el chisme y el infundio entre la gran masa de necios que viven de la noticia del día y esperan con torcida complacencia la alusión venenosa, la frase maligna que de derribe una reputación o hiera, envenenada, una conducta».

Más alarmante era, así, la credulidad de esa «masa», calificada como «necia»; considerada «incapaz de un raciocinio, fácil al escándalo farisaico, propicia a acoger y difundir toda versión peyorativa y calumniosa»; que no vivía «más que de acumular torpezas y deshonestidades en torno de las personas que gozan de un prestigio». Y el columnista apostillaba a sus propias palabras:

«Esta masa incapaz y estólida tiene una credulidad morbosa para acoger y difundir cualquier noticia o rumor corrosivos. Cuanto más bajo es el nivel ético y discursivo de la grey que vegeta, y habla, y piensa por boca de ganso, mejor prende la grama de la murmuración y de la maledicencia. Se forja el chisme, la noticia escandalosa, en el fondo ruín del despedido, y, al momento, la masa necia la acoge y difunde como un reguero de escándalo y de veneno. Basta con que se diga *que dicen*, para que el infundio, sin respetar nada, logre aclimatación. Las vidas más honestas son arrastradas en oleajes de maledicencia por el impulso de la murmuración y del chisme.

Y ved que cuanto más vil y grosera es la trama, mejor es acogida en el alma pantanosa de esas gentes anodinas que sirven de vehículo a todos los infundios y necesidades. ¡Qué despreciable este vulgo áptero y ruín, hecho sólo para conseguir bajezas!

Y entre este vulgo, está gran parte de gentes que se dicen honradas, pero que no saben reaccionar virilmente cuando llega el susurrón maléfico y untuoso con el consabido *¿no sabes...? ¡qué cosas pasan!..., es escandaloso*».

Durante el transcurso del conflicto mundial se difundieron renovadas campañas contra el rumor, sobre todo en los momentos de mayor expectativa ante la suerte de la guerra, como ocurrió tras el desembarco de los ejércitos aliados en el Norte de África. La Delegación Nacional de Propaganda de la Vicesecretaría de Educación Popular dictó a las delegaciones provinciales una serie de artículos para su emisión por las estaciones privadas de radio²⁶. Con fecha de 10 de noviembre de 1942, el primero de ellos, titulado «Táctica vituperable», denunciaba la sorda penetración del comunismo en España también en la paz, advirtiendo contra la propagación de rumores:

«Pero nadie puede dormir sobre el laurel de la victoria. La paz no puede ser un cómodo reposo ante el solapado enemigo. Frente a la táctica taimada, debemos estar avisados para no caer en sutiles redes. Cuando la III Internacional se bate en retirada, no por eso deja de utilizar a determinados elementos siempre en rebeldía (gentes sin escrúpulos, negociantes de río revuelto, nostálgicos de etapas anárquicas) que tratan con doblez y falsía de sembrar la discordia aún allí donde brilla el sol del bienestar.

Frente a los propaladores de noticias falsas, de rumores absurdos, de chismes malévolos, debemos estar todos apercebidos. Son individuos a sueldo de Moscú que ahora no predica la dictadura del proletariado ni la lucha de clases, porque sabe que estas teorías han fracasado en todo el mundo; sino que pretenden aprovechar la coyuntura de una contienda mundial para explotar el natural desequilibrio que produce toda guerra en la economía de los países afectados.

Ante este peligro conviene dar un toque de atención a los que inconscientes o de buena fe pueden ser terreno propicio para esos inconfesables manejos. Debemos evitar, a todo trance, el ser movidos como juguetes de la táctica perversa del Komitern. Sepamos vivir juntos unidos, en ese bloque de acero que hizo posible en España, en un Glorioso 18 de julio cuando todo parecía perdido, pudiera abatir al poderoso enemigo que hoy es derrotado en su propia guarida de la URSS».

Particularmente, había que prevenir a aquellos españoles de buena fe que eran inconscientes ante el peligro, traicionando no sólo a la patria y el régimen, sino a sus propios ideales, como en esa misma fecha fue recogido en el artículo radiofónico «Traición política inconsciente de algunos buenos españoles»:

²⁶ AGA, SC, MIT, c. 807.

«La táctica del Komintern aplicada a sus últimas instrucciones dedicadas a sus secuaces en España, se hace sutil y sinuosa, no franca y descarada como la que realmente conocimos en años anteriores a los de nuestro Glorioso Alzamiento. Los dirigentes de la III Internacional ordenan evitar cuidadosamente todo estruendo inspirado en la oposición rebelde al Régimen. Hay que acudir, por el contrario, a socavar, lenta e incesantemente, los cimientos del Estado desuniendo su homogeneidad, formando grupos aislados y heterogéneos que lo arruinen con sus roces. Para ello la táctica soviética dedica su máxima actividad a airear y a deformar, a “hinchar el perro” —acudiendo a una certera frase cervantina—, de esas “pequeñas razones” de oposición, que siempre existen, con el viento de su venenosa maldad.

Consecuencias inmediatas de este alevoso y oscuro método son que algunos lealísimos elementos de nuestra Patria, que han luchado firmemente por ella, llegando a sacrificar su sangre y sus fortunas, propias y familiares, se encuentren inesperada e inconscientemente convertidos en agentes gratuitos eficacísimos de la III Internacional, al favorecer con sus críticas aturcidas e injustas, con sus cómodas omisiones, o con sus actos insensatos, esta táctica de un poder enemigo contra el que supieron combatir eficaz y valerosamente en un pasado tan inmediato que todavía resulta noble y doloroso presente para todos los españoles».

Este mensaje principal de la campaña de propaganda fue repetido insistentemente, siempre en consonancia con el pertinaz cariz anticomunista del discurso de la dictadura franquista —ahora más pronunciado, ante el transcurso de la guerra en Europa y la lucha en el frente del Este, también de la División Azul—²⁷. El 13 de ese mes de noviembre un nuevo artículo, con el título «El enemigo y su sombra», fue dictado para su emisión:

«La paz no es un reposo cómodo. Hemos de decir a los españoles, con toda la insistencia que sea necesaria, que el enemigo a quien vencimos sobre el campo de batalla, maquina contra nosotros desde las sombras. Las últimas consignas del Komintern —cursadas precisamente para los pueblos

²⁷ De la importancia del discurso contra el comunismo, como tuvo en la propaganda nazi, véanse WADDINGTON, L.: «The Anti-Komintern and Nazi Anti-Bolshevik Propaganda in the 1930s», *Journal of Contemporary History*, 42 (2007), pp. 573-594, e íd.: *Hitler's Crusade. Bolshevism and the Myth of the International Jews Conspiracy*, Londres, Tauris Academic Studies, 2008. En general, acerca de la eficacia de la propaganda nazi en el contexto de la guerra mundial, revisando aportaciones como las de David Welch o Ian Kershaw, véase KALLIS, A. A.: *Nazi Propaganda and the Second World War*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005.

de Europa en que el comunismo ha sido proscrito como organización política—, ordenan a sus secuaces que fomenten la desunión, que siembren el bulo, que dejen en cualquier lugar la ponzoña de la crítica contra aquellas instituciones que rigen la vida de nuestro Estado. El chiste, el chisme, el rumor, el bulo o el infundio, son otros tantos de los medios de que se vale un adversario desarmado para atentar contra nuestra unidad política».

Y una vez más se advertía a quienes participaban irresponsablemente de tales críticas:

«Llamamos la atención de los españoles sobre esta táctica solapada del adversario. Y advertimos, además, que aquellos que por ingenua inconsciencia se convierten en vehículos de la patraña mal pergeñada, asienten a la crítica adversaria o la secundan de cualquier modo, actúan, sin saberlo ellos mismos, al servicio de nuestros enemigos. Se trata nada menos que de minar nuestra unidad política; se pretende abrir grietas en la conciencia española. El comunismo, con su táctica oscura, redobla ahora este procedimiento con el que ya antes fomentó la disidencia en el marco de la vida interna de los Estados.

Sépanlo, pues, esos seres incomprensibles —que tan fácilmente han olvidado la sangre y el sacrificio de tres años—; sépanlo los que aguzan el oído para aprender cualquier suerte de insidia; sépanlo, en fin, todos aquellos que sin conciencia de la responsabilidad que a cada español imponen estas graves horas, apoyan, secundan o cooperan a las maniobras del adversario».

Ante la vacuidad de las palabras, cuando no su maledicencia, sólo los hechos levantaban las causas, como se precisaba en el artículo número 18, «Hechos y palabras», también transcrito en esa fecha para su radiodifusión:

«¡Aj!... Pero las palabras que no sirven para engendrar las grandes realidades, tienen, en muchos casos, la satánica finalidad de atentar contra las obras. La envidia sólo está hecha de palabras ponzoñosas. La crítica, el bulo, el infundio, son hijos de las palabras. Y por eso la cobardía, —que rehúye dar altivamente la cara a las realidades—, hace uso de las palabras para atentar contra todo lo noble.

Dice un conocido refrán: “¡Calumnia, que algo queda!” Y, en efecto, lo que queda de la calumnia es la mancha contra el honor de los hombres o la dignidad de las instituciones. Pero jamás la calumnia, el bulo, la insidia, —ni ninguno de los miembros de esta envenenada familia—, han lo-

grado crear nada efectivo. La Historia y los pueblos sólo deben desdichas a estos procedimientos de la intriga y a la infecunda retórica que no ha tenido otra utilidad que engendrar motines o algaradas callejeras. Porque no deben pronunciarse más palabras que las precisas o para anunciar las resoluciones o para resumir el fruto honesto de la propia actividad».

A quienes murmuraban o maldecían debía pedirse que apoyasen al Estado con hechos:

«Aquí no tienen nada que hacer los arbitristas o los difamadores. Lo que necesita España y la Falange —lo que el Caudillo quiere, lo que será saludable para todos los españoles—, es que los charlatanes se callen, que los “sacamuélas” de las tertulias y los arbitristas de todos los días, se dispongan a prestar su cooperación a una tarea que necesita y exige la ayuda de todos los españoles. No queremos que la verborrea ni la retórica inútil, intente tapar un camino que es rectilíneo y claro como lo son las líneas de nuestras flechas».

Los orígenes del bulo, como se titulaba un nuevo artículo lanzado con fecha de 10 de diciembre por la Delegación Nacional de Propaganda en esta campaña, estaban en las consignas del Kominintern para España. En las mismas se recomendaba a los «secuaces rojos» el emplear las únicas armas de que disponían contra el régimen: «el rumor infundado, el bulo, la patraña urdida con las peores intenciones». Porque había que valorar la murmuración en relación con tales circunstancias:

«En un tiempo pasado, el bulo podría interpretarse como mero pasatiempo o desahogo imaginativo. Aquellos “chismes” de otros días de los juzgaba (y con razón) como intrascendentes en un clima de paz en que no revestía una mayor importancia. Pero hoy ha cambiado notablemente las cosas. Cuando el enemigo ha sido derrotado, cuando no dispone de armas ni de medios para atacarnos de otro modo, acude a estos oscuros y envenenados procedimientos».

El bulo circulaba como un cebo fácil para millares de personas inconscientemente convertidas en cómplices de esos planes adversarios hasta el punto que: «Quienes no meditan ni por un instante en el fin que pueda perseguir una noticia falsa y solo se preocupan de comunicarla a los demás, realizan a la perfección el fin malvado

que el enemigo se propone». Contra la «fiebre» de los bulos y los rumores —cuya misma intensidad era tenida como prueba de su falsedad y del medio turbio en que nacían—, sólo cabía el recurso de la educación política de las gentes para defender la unidad: «Es necesaria una conciencia clara y serena para que ninguna clase de infundios o patrañas logre su fin directo, que es el de abrir brecha en la unidad de los españoles».

Unas fechas antes, haciendo uso de la propaganda negra en esta campaña, el semanario *El Español*, que dirigía Juan Aparicio, publicó una muestra de las últimas consignas descubiertas del Komin-tern²⁸. Lo más asombroso —según se destaca en portada de este número del periódico— era la coincidencia entre los folletos y hojas interceptados y lo que se oía susurrar por ahí entre «desocupados» y «chismosos de oficio», que no parecían comunistas, de tal manera que no cabía preguntarse qué había sido antes, si el huevo o la gallina.

Conclusión: ¿qué fue la opinión en el franquismo?

La espiral del silencio constituyó la forma de la opinión pública, entonces. La capacidad coercitiva de la propaganda del «nuevo Estado» franquista no sólo construyó la esfera de publicidad de la opinión, como espacio de expresión del público, pues más ampliamente condicionó el ámbito de las relaciones interpersonales en su base, como ocurrió en relación con la circulación de rumores entre la población durante la inmediata posguerra. Tanto el control de la información como la difusión de estereotipos —que estigmatizaban al «público» y la murmuración como rasgos del enemigo por contagio del comunismo— procuraron crear un entorno de percepción selectiva que silenciara, por miedo al aislamiento social (y el castigo), la manifestación de opiniones individuales que no tuviesen el apoyo general.

De este modo, el miedo al aislamiento aproxima experiencias cotidianas en diferentes contextos históricos y políticos, también de dictadura, al originar una doble dinámica en el proceso de comunicación social: de «espiral del silencio» en la inclinación a repre-

²⁸ *El Español*. Semanario del pensamiento y del espíritu, año I, 3 (extraordinario, 14 de noviembre de 1942).

sarse y comportarse individualmente, que la propaganda también refuerza básicamente como sucedáneo de la violencia, pero que paradójicamente acaba impulsando sobre todo en una dinámica «línea de pulsión» hacia la manifestación común mediante la movilización y la participación colectivas en una «estética de las muchedumbres». Una política totalitaria que el «nuevo Estado» en España inicialmente persiguió, también mediante el consciente empleo de la capacidad de influencia psicológica de los medios electrónicos de comunicación de masas.